

“Cartas de un voluntario. Los voluntarios van al frente prevenidos de todos los peligros y conscientes de todos los sacrificios”

El Diario, 29 de diciembre de 1935, p. 3.

Al fin vamos a hablar de nuestro entrenamiento. De éste entrenamiento que absorbe totalmente nuestras horas, en tal forma que sin pecar de exagerados podemos decir que para mantenernos en contacto epistolar con los lectores de EL DIARIO tenemos que sacrificar horas de descanso. Desde luego que éste sacrificio nos es dos veces grato: primero por sabernos alentados por la simpatía de miles de lectores y segundo que EL DIARIO, a diferencia de ciertas empresas de esas que se contentan con el recorte atraso y gratuito de los diarios bonaerenses, abona nuestro trabajo.

Por ésto no se nos tache de interesados, que al fin y al cabo no se nos podrá negar que el “vil metal” es fuente de muchas satisfacciones y elementos imprescindible en algunas actividades al margen del entrenamiento. Esto hoy, que mañana, en los descansos del frente, los áureos discos nos proporcionarán más de un gusto: estamos seguros que también en Abisinia es posible cambiar dinero por satisfacciones. — Pero, al grano.

Previo a la iniciación del entrenamiento se nos sometió a un nuevo exámen médico. Si el sufrido en esa fué riguroso, éste lo ha sido en extremo. Después de pasarlo podemos afirmar que nuestra salud es de hierro. Pulmones que sean fuelles, ojos de lince, músculos de acero, corazón con muchos H P de fuerza y estómago — recordando algún animalito de vuestra fauna— de avestruz, se requieren para ser incorporados a la Legión. Claro que algunos quedaron al márgen: no todos reunían, con la consiguiente tragedia espiritual para ellos que no pueden servir a la Patria desde el puesto que eligieron, y angustia nuestra que los comprendemos en su dolor midiéndolo por nuestra satisfacción. Pero tales camaradas no dejaron de serlos por el hecho de no acompañarnos: desde otro “frente” serán servidores de la Patria en la gran causa por la civilización. Enseguida el entrenamiento. Hemos experimentado todas las variaciones climatéricas del África Oriental: sabemos del calor de la zona tórrida; de la atmósfera infernal de los valles; del aire frío de las alturas; de los cambios bruscos de temperatura. Y, pasado por todas las circunstancias que pueden presentarse: la sed que es necesario aplacar con medida, el alimento que alguna vez podrá ser casi nulo.

Se nos ha enseñado, sólo recordado a algunos, la elemental disciplina del soldado y luego la utilización de las distintas armas que van desde las tradicional bayoneta hasta la moderna ametralladora, pasando por el puñal, la bomba de mano y otros “utensillos” análogos.

Nos han acostumbrado a llevar el equipo de guerra que no es “pluma que lleva el viento”, sino bien provistas cartucheras, aquellas armas y diversos implementos que nos darán la fuerza necesaria para la lucha y la resistencia.

Y con todo ello a cuesta, hacer acrobacia guerrera, economizar fuerzas, vencer toda fatiga.

Nada, pues, de lo que nos ocurra en el frente nos sorprenderá. Vamos a él prevenidos de todos los peligros y conscientes de todos los sacrificios. ¿Que nos acechan en los desfiladeros? Sabemos cómo defendernos. ¿Que caemos en el cuerpo a cuerpo? Sabemos utilizar desde la daga hasta el puño. ¿Que tenemos que esperar días y más días las posiciones? Sabemos conservar hasta el extremo las que tengamos.

Escalar la más escarpada montaña; descender a los valles, verdaderos abismos; marchar por el más irregular de los senderos; caer en la emboscada traicionera; sentir la angustia de un aire enrarecido, el martirio de un sol que quema; soportar hambre y sed; todo lo hemos experimentado que en todo eso ha consistido nuestro entrenamiento.

¿Necesito dar minuciosos detalles? No. Fácil será imaginarlos.

Vamos, pues, preparados para la lucha. Y venceremos. Nuestro triunfo será también la victoria de la raza y de la civilización.

Los voluntarios de Sud América formaran escuadras volantes de asalto

integradas por un oficial con catorce hombres a sus órdenes los cuales llevarán además del fusil, un puñal y catorce bombas de mano. También cada escuadra estará dotada de una ametralladora que dispara trescientos tiros por minutos.

Jefe de una de esas escuadras fué designado nuestro camarada Alberto Monti, voluntario del Uruguay, gran conocedor del arte de la guerra: Soldado de Victorio Venetto, ha integrado también varias expediciones al África. Conocemos a Monti; sabemos de su corazón, de su temple, de su bravura y estamos seguros que su escuadra se ha de cubrir de gloria.

Como ésta quizás se publique cuando nosotros estemos en África o en camino hacia allá y en los días de las tradicionales fiestas de Noche Buena y Año Nuevo, la foto que acompañamos lleva del comandante Monti y mío, junto con cordiales saludos para EL DIARIO, augurios de plena felicidad para quienes supieron hacernos grata nuestra estadía en esa noble tierra del Uruguay, mientras nosotros, en el recuerdo con los buenos amigos, entonamos en su honor el canto de nuestra Legión:

D'Italia il bel tricolor

Sventaberá laggiù nell' Eguator

La Storia scriverá: Romana civiltá

Di Fede, Forza e Volontá...

RICARDO BIER, Voluntario. Corresponsal de EL DIARIO.